

RODRIGO, Javier: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*. Madrid, Alianza Editorial, 2009, 256 págs., ISBN: 978-84-206-4893-4.

*Hispania*, 2011, vol. LXXI, n.º 238, mayo-agosto, 469-592, ISSN: 0018-2141, pp. 581-585.

Es frecuente en los temarios y manuales universitarios, así como en las clases, juntar la Segunda República y la Guerra Civil y hacer un nuevo tema o un capítulo distinto para el franquismo. Así, república y guerra quedan engarzadas y formando una unidad narrativa, mientras el franquismo se presenta en otro proceso distinto (otra unidad de acción y otro tiempo). Esta manera de operar no es inocente y Rodrigo nos muestra en este libro hasta qué punto es, además de culturalmente deudora del franquismo, inexacta para entender la misma dictadura.

El objetivo del trabajo, en efecto, es analizar la violencia política empleada por la dictadura. Se trata de una buena síntesis, perfectamente calculada como acto de comunicación, donde no sólo hay investigación del autor sobre muchos aspectos que se tratan, sino, sobre todo, hay mirada de conjunto y una permanente invitación a la reflexión: el libro le ofrece al lector una eficaz puesta al día sobre el tema y le invita a proseguir pensándolo, lo que es útil para especialistas, docentes y ciudadanos interesados. El ensayo, que se abre con un penetrante prólogo del escritor Isaac Rosa, por otro lado, rompe con la simplificación, el maniqueísmo, las cifras de muertos como arma arrojada, la mitificación y la propaganda; elude el «gran relato» y penetra en las actitudes de las personas (la cultura) y los nexos de estas con el contexto. Y, como no podía ser de otro modo, aunque el objetivo sea la violencia política del franquismo y sus raíces, tanto en la etapa de la guerra como en los cuarenta años de dictadura, también dibuja con detalle la violencia durante la Guerra Civil en su conjunto, aspecto este que, de paso, delata la falta de monografías historiográficas sobre la violencia revolucionaria. Pero vayamos por partes. Tres son, a mi modo de ver, los principales argumentos entrelazados que aporta este estudio.

Sostiene el autor —y tal es la primera tesis— que «el franquismo echó las bases de su larga duración en la enorme inversión en violencia realizada en la guerra y la posguerra, para después ir administrando sus rentas» (pág. 163). Conclusión dura, pero no menos certera. La violencia política se nos muestra con su inacabable rosario represivo. Por el libro desfilan todos los recovecos de la represión y violencia política que ha exhumado y contrastado la mejor historiografía hasta el presente. Y en este nudo de atropellos, sin duda, la furia que se desplegó el verano del 36 (la que «a sangre caliente» se desarrolló «por los hunos y los hotros», que decía Unamuno) es pieza central y merece en el trabajo el análisis minucioso que le corresponde: las ejecuciones —extrasumariales o extrajudiciales— de aquel verano, el avance y terror de los golpistas («hay que sembrar el terror», Mola *dixit*, cita en pág. 63), las fosas y desaparecidos o el asesinato de sacerdotes. A la ferocidad de aquel verano siguió otra fase de violencia política —desde finales de 1936 hasta el final de la guerra— que también se estudia en sendas retaguardias: la violencia gradualmente reglada y organizada que de defensiva pasó a ofensiva y que procuraba paralizar al enemigo. «En ambas retaguardias —escribe—, la violencia fue la representación máxima del poder político y del dominio sobre la vida y la muerte, la profilaxis contra las “malas hierbas” que había que arrancar “hasta las últimas raíces”» (pág. 42). Añadamos, sin embargo, que esta violencia fue «asimétrica»:

la franquista fue mayor que la revolucionaria y la republicana en número de víctimas, en proporción a la población afectada y en estrategias para moldear lealtades y excluir disidencias. En fin, la tercera etapa de la violencia política que el libro aborda es la que se impuso a los vencidos: se trata de la coacción que siguió a la «victoria» del 39, encargada de la «pacificación» de España, que no propiamente de traerle la paz al país. Arranca esta fase al finalizar la guerra, pero su brazo llega mucho más lejos: alcanzó primero a quienes frenaron el golpe de Estado e hicieron la guerra y, más tarde, enlazó con la nueva forma violencia represiva del régimen (la del TOP y los tribunales militares que funcionaron hasta 1975) articulada contra una nueva oposición, emergente desde los años cincuenta cuya característica esencial era que no había hecho la guerra pero que disintió de la dictadura.

Lógicamente, en su estudio, Rodrigo añade a los «enterrados», los «desterrados» y los «aterrados», pues la violencia política y la represión alcanzaron también a los vencidos que se exiliaron, muchos de ellos atrapados muy pronto por la guerra mundial (y hasta en Mauthausen-Gusen), y a los que fueron apresados, quedaron o permanecieron en España o regresaron a ella y sobre cuyas cabezas cayó el peso de las represalias. Se trata de los huidos y guerrilleros, los prisioneros de campos de concentración y cárceles, los trabajadores forzados de batallones disciplinarios y regiones devastadas, los redentores de pena por el trabajo (que aportaron jugosos beneficios al Estado y a particulares). El arco represor que aquí se desmenuza se cierra con un elocuente repaso a la depuración, la catolización integrista de la moral y las costumbres, la segregación de las mujeres, la irremisible pérdida de los derechos de los ciudadanos, la rapiña, el robo y la incautación (desarrollados por la ley de responsabilidades políticas) que se impuso a los vencidos, la reserva de plazas y empleos a los «adictos» (forjando con ello sólidas raíces sociales a la «adhesión inquebrantable»), y en definitiva, la segregación de los «rojos»... Así se logró crear e instaurar una sólida cultura de silencio y miedo —públicamente recordada de manera perenne— llamada a tener una vida política más larga que la de la dictadura: «Nada más fecundo que la sangre derramada», decía el dictador (cita en pág. 199).

La segunda argumentación que el libro aporta muestra que la violencia política conforma el núcleo mismo del régimen de Franco. La violencia y represión de la dictadura franquista, la de la posguerra y la posterior, no puede separarse, como demuestra el autor, de la realizada en los años del conflicto bélico. Tribunales militares y de orden público, torturas en comisarías, juicios sin garantías, cárceles y batallones de trabajo forzado, sin que falten las ejecuciones (masivas inmediatamente después de la guerra y calculadas y no menos «pedagógicas» posteriormente) son sus pruebas. El libro, en este sentido, llega «hasta la raíz» del régimen y reta todo empeño producido por los propios ideólogos franquistas de dar una imagen ponderada, equitativa y benévola de sí mismo. No fue un régimen moderado; fue una dictadura «que hizo gala en tiempos de paz de una tasa de represión, coacción y sangre, dentro de sus fronteras como ninguna otra dictadura o democracia» (pág. 49); fue una tiranía que invirtió mucha sangre y represión entre 1936 y 1948 y luego, en fases que detalla y analiza el trabajo (1948-63, 1963-67, 1967-75), administró las rentas de este capital de violencia con mano firme pero ya sin la necesidad de alcanzar las desproporciones de sangre y represión sin mesura que ejerciera contra el disidente en sus doce primeros años de vida, aunque no sin contundencia: ahí está, para rubricar la dictadura, el TOP y el *carrerismo*.

También, a la luz del trabajo, se derrumba la interpretación moderada —ofrecida en su día por el profesor Linz y seguida por otros— que incidía, por un lado, en los apoyos

sociales que tuvo la dictadura —nadie los niega— y por otro, en la existencia de una mayoría silenciosa, apolítica, apática, versátil y crípticamente conformista. Esta homogeneidad cultural, ese «franquismo sociológico» tan asumido y compartido por los ciudadanos es lo que queda en entredicho. La cultura del silencio, y en consecuencia la docilidad de millones de ciudadanos, se impuso a golpe de segregación, control de medios de comunicación y escuelas, tribunales militares, a golpe de TOP y hasta a golpe de garrote vil cuando fue menester, y la represión de la dictadura tuvo que ver con esa homogeneidad cultural por más que el país mutara de las hambres autárquicas al desarrollismo, de los fascistas a los tecnócratas. Al analizar el enorme monumento de la violencia política —no menos grande, si se permite, que la arquitectura del Valle de los Caídos— se derrumban, uno a uno, no sólo los más machacados mitos y tópicos que los intelectuales del franquismo generaron sobre la dictadura, sino también, una a una, las interpretaciones más condescendientes de sociólogos, politólogos e historiadores que sirvieron en los años setenta y ochenta para «echar al olvido» aquellos horrores y reabrir la convivencia que rubrica la Constitución de 1978.

La tercera aportación, en fin, es la reflexión sobre la violencia política que plantea Rodrigo, cuyo pulso recorre el libro. La violencia política en caliente, sin trámites judiciales, que se ejerció durante el golpe y la revolución del verano del 36; la violencia institucionalizada desde finales del 36 hasta el final de la guerra a ambos lados de la trinchera, y la violencia que se impuso tras la victoria de los franquistas sobre los republicanos. Tres momentos diferentes que requieren explicaciones matizadas y que en el trabajo se perfilan. En el primer momento, el que más impacta siempre, el golpe y la revolución se iniciaron con el asesinato y el tiro en la nuca. «El exterminio del contrario fue masivo y pedagógico —escribe Javier Rodrigo—, y tuvo un carácter nuevo: no se eliminaba ni se juzgaba por motivos individuales, ligados a la actuación concreta del “ajusticiado”... se eliminaba su identidad, en cuanto colectiva, se acababa con la vida del otro por razones supraindividuales» (pág. 33). La compasión se tomaba por cobardía y la misericordia por desafección. No se trata tanto de «espontaneidad» en aquella violencia cuanto de «voluntad estratégica de aniquilamiento de la alteridad política», dice (pág. 41). A partir de noviembre de 1936, la violencia cambia de forma, se institucionaliza, aunque mantiene el fondo más nítidamente «para dotar al estado insurrecto de una estructura depuradora firme y de incontestable autoridad» (pág. 93). Si hubo menos violencia que en el verano fue porque la inversión principal de terror ya estaba hecha.

Como se ve, las razones y motivos de la violencia política se hilvanan. Había en el verano del 36, por ejemplo, «voluntad estratégica» y algo más: erradicar a los revolucionarios los unos, y a los viejos poderes los otros, como acredita el hecho del «asesinato metódico de sacerdotes [que] tuvo de ritual tanto como de político: disolución instantánea de viejos poderes y venganza contra quienes durante décadas se habían percibido como impulsores, legitimadores e instigadores de la “opresión”» (pág. 42). Acabar con el enemigo «hasta la raíz» fue frase usada a ambos lados de las trincheras. Se trataba de paralizar al contrario. Pero estas argumentaciones son muy genéricas todavía: no eluden la gran pregunta que queda planteada: «¿Qué lleva a una persona a asesinar impunemente, a disparar cobardemente y a bocajarro sobre un prisionero de guerra desarmado?» (pág. 84). Causas (contexto, impunidad ideológica, aceptación de la eliminación del otro como cosa lícita...) y motivos (miedo, inseguridad, revancha, «matar antes que te maten»...), a partir de ahí, se entrelazan para aquel verano en llamas y para todo el libro. Con todo, la respuesta a esta pregunta capital —si

se quiere honda y matizada— tan compleja como general y actual, no la puede aportar este libro que está atrapado en el marco teórico en el que hoy se mueve la historiografía (como la figura fractal del copo de nieve de Koch que menciona, pág. 80). Esta respuesta requiere un marco teórico y conceptual que aún no se ha establecido y donde cabe asignarle —entendiendo— un papel importante a la interdisciplinaridad y dar entrada en ella a la psicología social.

El libro de Javier Rodrigo, en resumen, es un viaje a las cloacas de la dictadura. Es también una historia dolorosa y por momentos desgarradora que desvela la entraña de aquél régimen, nos muestra la violencia política de manera vívida y persuasiva, la contrasta —en la limitada medida de lo posible— con la violencia política revolucionaria y aporta una mirada transparente libre y segura, bien documentada y contrastada, que propone argumentos para un debate racional, abierto, sereno y sin prejuicios, en un país donde enterrar con dignidad a los muertos que yacen en fosas clandestinas sigue siendo —tristemente— un tabú.

---

Marc Baldó Lacomba

Universitat de València  
Marc.Baldo@uv.es